



uno

Quiero contarles cómo fue la primera vez que supe con seguridad que estaba enamorado de Matt Gooby.

Nos encontrábamos en la iglesia y la Reverenda Greene estaba concluyendo su sermón anual del 11 de septiembre.

—Aférrense con fuerza a lo que es bueno—decía inclinándose hacia los feligreses mientras su melena rubia e inflada se bamboleaba en una súplica sincera—. La morada eterna—continuaba— está a un paso de nosotros. Y cuando llegue el momento de dar ese paso —no podemos saber cuándo será, obviamente—, es probable que no sea algo agradable: es probable que el momento no nos parezca *adecuado*. Y, amigos —me agradó que se refiriera a nosotros de esa manera—, solo estoy intentando ser muy clara con ustedes, pero el momento de aferrarse a lo que es bueno es ahora. No fue ayer y no será dentro de nueve años. No es cuando nos jubilemos o nos graduemos. Es ahora. Aferrarse a lo bueno es algo que hay que hacer ya.

Se hizo un silencio mortal. Solo se escucharon unos pocos crujidos de los inestables bancos de madera. Intenté no mirar a mi alrededor, pues tuve la sensación de que algunos debían estar llorando.

–Tomen la mano de la persona que está junto a ustedes –sonrió la reverenda Greene– y sujétense fuerte. ¡Háganlo! ¡No la van a lastimar!

Sonaron un par de risas ahogadas en el santuario, la tensión se cortó levemente. A mi derecha, mamá sujetó mi mano con tanta fuerza que los nudillos emitieron un ruido, como si explotaran. Luego se inclinó más cerca y susurró:

–Te quiero tanto, mi Tretch.

Cuando se apartó, sentí algo húmedo en el rostro y pensé: *por favor, mamá, no llores*. Me pasé el hombro por la mejilla para limpiarme y pensé en hacerle algún gesto a Matt o poner los ojos en blanco. Ustedes me entienden, algo que le demostrara que esas palabras no me habían afectado.

Pero cuando eché una mirada hacia él, noté que tenía los ojos fuertemente cerrados, como si no pensara abrirlos por mucho tiempo y su mano izquierda aferraba con fuerza el borde del banco. *Aférrense firmemente*, pensé, y luego, *porque la vida pasa rápido*, lo cual pareció una conclusión lógica.

Ese fue el momento en que Matt deslizó la mano derecha por el borde del banco, tomó la mía y la apretó. Un agradable cosquilleo me trepó por la nuca, acompañado de un pensamiento *incompleto*, la *esencia* de un pensamiento, del tipo de los que se pierden entre otros pensamientos más

grandes y bulliciosos. Esa clase de pensamiento que es apenas más fuerte que el sentimiento que lo provoca.

Deslizó el pulgar en el hueso de mi mano. O quizás me oprimió la garganta, justo arriba de la nuez. O tal vez se zambulló directamente dentro de mi pecho. No lo sé. La reverenda Greene nos estaba invitando a que cerráramos los ojos por un instante para meditar y, como si esa fuera la señal, mamá me soltó la mano y, a mi alrededor, se escuchó el sonido sordo de las manos que caían o que las dejaban caer.

Matt no me soltó.

Cerré los ojos. Sentí que todos los demás se encontraban a un costado: papá, mamá y mi hermano. Y, en el otro costado, Matt, cuya sonrisa con los labios entreabiertos me provocaba deseos de abrazarlo no solo a él, sino a todo su mundo que se hallaba cerca de mí, lo cual, en ese momento, me hizo creer que era posible unir su mundo con el mío sin que surgiera ningún obstáculo.

*Estás enamorado, Tretch*, el pensamiento me asaltó mientras la reverenda finalizaba la meditación diciendo: “Oh Dios, nuestro Señor, ayúdanos por favor a aferrarnos con fuerza a aquello que es bueno –y que lo es todo– en esta vida”. Cuando dijo “Amén”, solté la mano de Matt. Lo que quiero decir es que le solté la mano físicamente.

El resto de mí siguió aferrado a él.